

## El padre de unas criaturas inmortales

Escribe: LUCIO PABON NUÑEZ

— I —

### UNA CASCARA EN EL OCEANO

La vida del hombre suele ser un cúmulo de proyectos rotos. Eso de la suerte o del hado —el *fatum* de los clásicos— cuenta en la historia. Napoleón, cuando intentaba confiar a alguien una misión importante, no solo indagaba acerca de las calidades personales sino también sobre “la suerte” del candidato. El mismo emperador, en Santa Helena, al referirse a sus días finales de guerrero, comentaba: “El colmo de mi suplicio era que veía claramente cómo se echaba encima la hora decisiva. La estrella palidecía, yo sentía que las riendas se me iban de la mano, y nada podía hacer”. Cosa igual podemos registrar en César, o en cualquiera de esos hombres superiores que parecen dotados del poder de sujetar a sus designios el curso de los acontecimientos.

Claro que en algunos seres es mayor que en otros tal desfile de amarguras. Miguel de Cervantes Saavedra es en estos campos un prototipo de ininterrumpidas desolaciones. En el donoso escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería del ingenioso hidalgo, se expresó así el primero, a propósito de *La Galatea*: “Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y se que es más versado en desdichas que en versos”. Sigamos el curso de las principales entre todas esas desventuras.

Huyendo de las estrecheces y la errabundez de su familia, motivadas por el agobio económico, fue a dar a Italia, en la primavera de su existencia. Coincidieron aquellos días con los antecedentes de Lepanto, y se hizo soldado. Como un héroe, se batió en “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”. Restablecido de las heridas que allí recibió, siguió en la milicia, tomando parte en varias difíciles acciones. A los veintiocho años, con recomendaciones justas de tal autoridad como la de don Juan de Austria, partió hacia España en busca del ascenso a capitán. Lo merecía por su valor, talento y experiencia; era la suprema ambición de gente como él, en esos días en que

la gloria y el bienestar se buscaban más en las armas que en la Iglesia o el servicio burocrático. En el mar es hecho cautivo y llevado a Argel, como entonces era frecuente con los navegantes del Mediterráneo.

Organiza varias fugas, y fracasa; solo obtiene el odio, traducido en vil calumnia, de algunos de sus compañeros de cautiverio y fallidas esperanzas.

Tras cinco años largos de tan dolorosa prisión, es rescatado. En 1580 puede volver a gozar de los dulces aires de la patria. Pronto estas delicias del reintegro se tiñen de tristeza, al conocer las miserias, no solo de orden físico sino también de índole moral, de su familia, sobre todo de sus dos hermanas.

Se afana por encontrar una ocupación honrosa y productiva. Escribe, trata a los letrados en boga, interviene en transacciones mercantiles; sobre todo, piensa en que desde niño los pulsos de sus arterias se han acompasado con los de la carátula, y a esta se entrega apasionadamente. Innova el mundo teatral; sus obras, según cuenta él mismo, se recitan sin "ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza". Pero de ninguna de todas estas intensas actividades obtiene un alivio para sus angustias pecuniarias ni para su inquietud de gloria. El romance con la actriz Ana Franca de Rojas le deja a Isabel, hija que con el tiempo habrá de ocasionarle más de un revés.

Está para ensayar la novela de moda, la pastoril, con *La Galatea*, empezada en los días argelinos. Se casa con una bella y rica aldeana, unos diecinueve años menor que él; y el no despreciable éxito obtenido con la publicación (1585) de este libro, se le ensombrece al comenzar sus dificultades con la esposa, posiblemente surgidas del contraste entre la rigidez ética de la familia de doña Catalina Salazar y la flexibilidad de la de Cervantes, y entre los gustos humanísticos de este y los estrictamente rurales de la dama. No se ha ahondado lo suficiente en el fracaso matrimonial de don Miguel; lo evidente es que su enlace le produjo más molestias que satisfacciones.

A los cuarenta años de edad, parece que su existencia va a mejorar: es nombrado comisario para proveer de trigo a la Armada Invencible, la magna y desgraciada empresa de Felipe II. Por simples cuestiones procesales en el celoso desempeño de su misión, se ve enredado con eclesiásticos, y es víctima de excomuniones y prisión.

Antes había pensado en seguir el siempre duro pero con frecuencia glorificador camino de las Indias: el de las tierras que hoy se apellidan Colombia, Guatemala, Bolivia. Otra frustración: "Busque por acá en que se la haga merced", es la respuesta a su solicitud.

Se va acercando a los cincuenta años sin que haya podido conquistar ninguna de las metas anheladas. En Madrid, en 1594, firma un contrato para recaudar impuestos en Granada. Ahora sí va a tener una base de comodidad para dedicarse o a sus amadas comedias o a la tan prometida y nunca dada segunda parte de *La Galatea*. Pero, ¿quién dijo que Cervantes podía contar días de apacibilidad en su vivir? Por quiebra del banquero Freire de Lima, en cuya casa había depositado los dineros recau-

dados, se ve envuelto en una larga serie de pleitos, en la cual destacan dos nuevas prisiones (una en 1597 y otra entre 1602 y 1603), ahora en Sevilla, ciudad a la que debe tanto su creadora experiencia vital y literaria. ¡Qué pÉrfida madrastra es la suerte con este iluso de don Miguel!

“No hay mal que por bien no venga”, dice un viejo refrán español. Y de todas estas agonías, de todas estas fatigosas andanzas y todas estas tremendas reclusiones, le va quedando un saldo maravilloso, no traducible en cifra alguna de banquero: el conocimiento de la realidad de su pueblo, en la geografía y la intimidad doméstica, en las impetuosidades y decaencias, en las ostentaciones sociales, en una compleja plenitud. Este tesoro le servirá para comprar con esplendideces de pródigo la gloria.

Como lo afirma en el “Prólogo” de la primera parte del *Quijote*, este “se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”. En 1604 (en los 58 años de vida) está en la capital entonces del imperio: Valladolid. Ha ido con su enturbiadora familia (sus hermanas Magdalena y Andrea, su sobrina Constanza de Ovando y su hija bastarda, Isabel de Saavedra). Pero lo que importa: ha ido también con *Don Quijote*, en busca de las debidas licencias y del privilegio para publicarlo en Madrid. En enero de 1605 aparece por los campos de Montiel y por todos los de la fama don Alonso Quijano. No faltan uno que otro pinchazo, dados por Lope de Vega o cualquier envidioso o cegatón; pero el resultado es el de una asombrosa popularidad: se multiplican las ediciones castellanas y las traducciones. Un día el rey Felipe III, al ver desde su palacio que un estudiante —a lo lejos— estalla de risa, con un libro en la diestra, comenta así, sin titubeos: “O ese hombre está loco o está leyendo el *Quijote*”.

Por fin —exclamaremos— la dicha, el sosiego para don Miguel. ¡No tal! Que en Valladolid por aquellos tiempos complican a Cervantes y a todos los miembros de su familia en el asesinato del gentilhomme navarro don Gaspar de Ezpeleta. La investigación judicial y las habladurías de malévolos vecinos se ensañan en la honra del novelista y de los suyos. ¡Sufres, don Miguel, sin duda! Pero sufres ya con cierta tranquilidad, porque bien sabido te tienes que no hay sol sin nube, ni día sin noche, como no hay hambre sin pan, ni sed sin cántaro.

En 1606 se instala en Madrid. El *Quijote* le deja algunos denarios, muy disminuídos por la avaricia de los editores; pero estas entradas y las que le suministra la protección de algunos amigos poderosos como el conde de Lemos, a quien dedica la mayor parte de sus obras, y el cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas, así como la venta de otras producciones, y sus diligencias en varios negocios, le podían haber asegurado un pasar menos transido. Pero Némesis le seguía los pasos con olfato de perdiguero y zancas de lebel.

Antes de seguir cronológicamente, volvámonos para recordar que el duque de Béjar, a quien dedicó la primera parte del *Quijote*, la aparecida en 1605, le recompensó con el más completo desdén la fama que tan lucientemente le ofrendara, pues ni siquiera se tomó la molestia de responderle.

En 1608 su hija contrae segundas nupcias con el estafador Luis de Molina, quien termina por arruinar hasta el extremo al tan poco adinerado don Miguel. Y como si esto no bastara, en el mismo año es obligado a pagar “dos mil cuatrocientos maravedises” como último paso de sus obligaciones cuando recaudó alcabalas en Andalucía.

En 1609 cosecha otro no previsible desengaño. Su amigo el conde de Lemos va a Nápoles. Don Miguel sueña con la Italia de su juventud, en donde tantas cosas bellas aprendió y donde gozó tan dulcemente de la vida. Si hasta se dice que tiene un hijo en aquel agitado puerto, habido a hurtacordel. Es la oportunidad para volver a la tierra del arte y el hervir vital. El conde confía a su secretario Lupercio Leonardo de Argensola el formar el séquito de letrados que debía acompañarlo, y el envidiosillo poeta prescinde de Cervantes.

Sin embargo, la gloria está arrullándolo. El licenciado Márquez Torres, al aprobar la segunda parte del *Quijote*, nos cuenta que en febrero de 1615, muchos caballeros, de los que acompañaban al embajador de Francia cuando los tratos acerca del casamiento de los príncipes de esa nación y de España, encarecieron la estimación que en “Francia como en los reinos sus confinantes” se tenía de *La Galatea*, “que alguno de ellos tiene casi de memoria”, y de las *Novelas*.

Eso en el extranjero, porque en la patria no todo era miel sobre hojuelas. En 1614 apareció, real o supuestamente editado en Tarragona, el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, con el que Alonso Fernández de Avellaneda —misterio literario todavía por descifrar en nuestros días— no solo pretende arrebatarse los lectores a don Miguel y las consiguientes ganancias, sino que lo colma de denuestos: “Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes”; “digo mano, porque confiesa de sí que tiene solo una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos”. Mucho le dolió esta arremetida y así lo expresó en cuantas ocasiones se le presentaron, como en la del “Prólogo” a la segunda parte del *Quijote*: “Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna”...

Cervantes fue siempre generoso con los literatos de su tiempo. En loanza de muchos hasta se excedió. A Lope de Vega le tributó varios elogios: en un soneto suelto a la *Dragontea*, en el *Canto de Calíope*, en el “Prólogo” de *Ocho comedias y ocho entremeses*; sin embargo, “el monstruo de la naturaleza” —mote que le confirmó el propio don Miguel— fue casi siempre cruelmente injusto con el novelista. Se ha llegado a creer que el tal Fernández de Avellaneda fue seudónimo del dramaturgo. Y cosa semejante aconteció con otros letrados, algunos de los cuales llegaron hasta aconsejar a los libreros que no le compraran al Manco sus comedias. Si no perdía la mala fortuna resquicio para meterse en los asuntos del paciente alcaláino.

En 1613 edita las *Novelas ejemplares*, concluidas un año antes y en las que desde hacía tiempos —seguramente desde sus andanzas de comi-

sario por Andalucía— venía trabajando; en 1614 publica el *Viaje del parnaso*, en que vuelve a elogiar a aquel su enconadísimo enemigo:

*Llovió otra nube al gran Lope de Vega,  
poeta insigne, a cuyo verso o prosa  
ninguno le aventaja, ni aun le llega.*

En 1615 (tiene 68 años) saca al público las *Ocho comedias y ocho entremeses*; allí comunica que “*Don Quijote de la Mancha* queda calzadas las espuelas en su segunda parte para ir a besar los pies” del conde de Lemos; y que está preparando la comedia *El engaño a los ojos*, la novela *Persiles*, *Las semanas del jardín* y la segunda parte de *La Galatea*. Efectivamente, en el mismo año sale de nuevo a asombrar al mundo con sus increíbles hazañas y discursos don Alonso; en 1617, doña Catalina —viuda de Cervantes— publica como póstumo el *Persiles*; los otros volúmenes anunciados, si los terminó, se perdieron.

Don Miguel ha presentido la muerte y se esmera por llevar a término muchos de sus proyectos artísticos. La hidropesía lo acongoja; pero hace cuanto está a su alcance para superarla. Es ejemplarmente conmovedor ver cómo, en la plenitud de la fama y del poder creador, su malaventura le hace desfilar por delante de los ojos el cortejo de las ilusiones truncas. Ese tétrico cortejo que ha actuado en él a manera de ritmo vital incontenible. En el “Prólogo” de *Persiles* nos cuenta que, al regresar un día de Esquivias, tierra de su esposa, recibe en el camino la férvida consagración de un estudiante, a quien explica que ya no le queda espacio para mostrarse agradecido, porque sabe que en el domingo que se avecina, va a morir. El 19 de abril de 1616, al dedicar el mismo libro al conde de Lemos, “puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte”, le informa: “Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo esta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir”. Allí mismo vuelve a hablar de su anhelo de concluir *La Galatea*, *Las semanas del jardín* y una nueva obra: *El famoso Bernardo*, también errante todavía por el reino de esos bellos proyectos rotos al nacer, como las burbujas del arroyuelo, en la hermosa imagen del místico inglés.

Según demostración del insigne cervantófilo Luis Astrana Marín, no el 23 de abril, como generalmente se cree, sino el día anterior —el 22— falleció en Madrid don Miguel. La vida con tremendas exigencias, y sus juveniles anhelos marciales, y sus constantes empeños de imitar al ídolo de su niñez —el batihoja, comediógrafo y farsante Lope de Rueda— y algunas otras causas, le habían durante varios ciclos —uno de veinte años (1585 a 1605)— hecho infiel a su verdadera vocación: la de novelista. Y ahora, en 1616, cuando su existencia toda la convierte en fidelidad a esa vocación, viene la muerte a recordarle que para él no se había forjado la continuidad del júbilo.

Así las cosas, sería natural creer que Cervantes fue un genio amargado, un ácido pesimista al estilo de Quevedo; nada más equivocado: en él destella en todo instante, aun en los de mayor anublamiento, aquella “alegre bondad llena de suavidad y de ironía” que sedujo a Teófilo Gautier.

## LAS AMADAS CRIATURAS

Este contraste entre sus padecimientos y su amable manera de contemplar la vida se da salientísimamente en el mundo de sus personajes. Y no son pocos ellos: en el censo que para las *Obras completas*, de Cervantes (M. Aguilar, editor, Madrid, 1946) hizo el autorizado catedrático y escritor Angel Valbuena Prat, figuran unos trescientos del *Quijote*, y unos mil de toda la obra cervantina. Es el caso de considerar apenas los primeros.

Desde luego, los protagonistas son don Alonso, Sancho y Dulcinea, seguidos del cura, el barbero y el bachiller, por un lado; y del ama, la sobrina, Teresa y sus hijos, por el otro; y servidos los dos primeros por estos no menos importantes: Rocinante y el rucio. (En esto de los animales, la benevolencia cervantina se vincula suavemente a los creados por la imaginación: del caballo y el asno dice lindezas, y las dice de la cabra Manchada y del “generoso” león, desafiado por el intrépido paladín manchego).

Quizás otros de los más importantes personajes del *Quijote* sean los que acogen en sus moradas a los dos denodados buscadores de aventuras: don Diego de Miranda —el perfecto caballero aldenano— su cortés y caritativa esposa doña Cristina y su agudo hijo, el humanista don Lorenzo; los duques, de quienes tanto elogio y reparo puede hacerse; y don Antonio Moreno, “caballero rico y discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable”; y su señora, “principal y alegre, hermosa y discreta”.

Podían luego venir los venteros: el padrino de armas de don Quijote, el medianero en lo tocante a las deshechas figuras del retablo de Gaiferos y Melisendra; y, antes que nadie, Juan Palomeque el Zurdo, el de la más nombrada, conturbadora y regocijante venta cervantina. Y, ¿cómo cobijar con silencio al de las “uñas de vaca que parecen manos de ternera”?

A continuación, podemos poner a los protagonistas de “las novelas injeridas”, como Grisóstomo y Marcela, o Ana Félix y don Gregorio. Mas paremos de contar, porque ya vimos que Valbuena Prat anotó trescientas figuras de relieve; y Juan Babelon, en su vivaz *Cervantes*, cita a un estadístico según el cual pasa de seiscientos ese número. Ya Marcelino Menéndez y Pelayo, al contestar a Pérez Galdós el discurso de ingreso en la Real Academia Española, observó que en los libros de don Miguel “España está íntegra”. Y este concepto reza, en nuestra opinión, sobre todo con el *Quijote*.

En sus páginas encontramos nombres del mundo gubernamental, desde el rey hasta el regidor rebuznante, pasando por ministros, alguaciles y cuadrilleros; representantes de las distintas clases sociales y oficios en que España por entonces se dividía: nobles, eclesiásticos, soldados, marinos, labriegos, pastores, cómicos, arrieros, titiriteros, músicos, segadores, letrados, bandoleros, mozas del partido, etc.; viejos, hombres maduros, mozos, niños, mujeres; locos y cuerdos; moros y cristianos; santos, ermitaños y ladrones... Y aunque los andantes y varapaleados caballero y es-

cuero solo discurren por la Mancha, Aragón y Cataluña; no faltan las referencias a las restantes regiones típicas de España: Extremadura, Vizcaya, Galicia, León...

Pero, ¿para qué seguir en estas enumeraciones? A algo de más meollo lleguemos. "Todos los personajes del *Quijote* —anotó Miguel Antonio Caro (t. II de sus *Obras completas*, Bogotá, 1920)— tienen algo de Cervantes, como los hijos tienen algo del padre, sin ser el padre". Esto mismo puede casi siempre atribuirse a cualquier criatura de la fantasía. Don Miguel, como todos los novelistas, aprovecha su experiencia biográfica para cincelar las suyas, como en el caso del ex-cautivo y enamorado Ruy Pérez de Viedma; pero no se identifica del todo con ellas, ni aun con la que creemos eligió para que lo simbolizara mejor: don Alonso. Lo que más lo caracteriza en estos dominios es el darles algo de su alma a tales seres, algo de lo más excelente que en esa alma ha ido acumulando este autor tan "asendereado y malparado", como lo dijo —dedicando sus comedias y entremeses al conde de Lemos— de don Quijote en manos de Fernández de Avellaneda; mas autor cuyas costumbres, como al hijo de Argamasilla, sin duda y con justicia le dieron el renombre de *Bueno*.

Pero hay todavía algo más cautivador; es aquello que ya —en el discurso para conmemorar los trescientos años de la primera parte del *Quijote*— entrevió Menéndez y Pelayo: ... "el entrañable amor a sus héroes, vistos no como figuras literarias, sino como sombras familiares que dictan al poeta el raudal de su canto". Otros grandes novelistas, como Quevedo, como Dostoyevski, se ensañan en sus criaturas; las recargan de rasgos caricaturescos o de tenebrosidades síquicas hasta condenarlas al vilipendio del lector. Cervantes, no; al contrario, se preocupa por ir destacando las buenas condiciones de sus hijos, por soterrar los defectos, por descubrirles virtudes, no imaginadas al principio. Es así como, queriendo hacer de don Alonso un loco ridículo y de Sancho un rústico sandio, concluye por convertirlos en prototipos gloriosos de cordura, de cortesanía y de agudeza.

Sí; los ama con tibio, luminoso y tolerante amor paternal. Pensemos en los más sombríos de ellos: los arrieros, las mozas del partido, los venteros, Ginés de Pasamonte, Vicente de la Rosa, Roque Guinart y Juan Haldudo. Los primeros, por lo general, son los encargados de vapular a don Quijote y Sancho, y también a las cabalgaduras de amo y servidor; pero precisamente en traje arrieril nos presenta a la más tierna de sus creaciones masculinas: el estudiante y poeta don Luis. Las segundas tienen tantas fallas como Maritornes; pero de las que topa al principio, hace las madrinas de armas del hidalgo venido a caballero; y en la mismísima y tan aperreada moza asturiana, la de la celeberrima venta de Agramonte, pone "sombras y lejos" de cristiana y aun de romántica. De los terceros hace simpáticos socarrones, y de Palomeque casi un andante aventurero. Ginesillo, por su ingratitud y demás "infinitas bellaquerías y delitos", es de lo más detestable que registra la novela; sin embargo, lo erige en "famoso titerero", recorredor de aldeas y campos con el emocionante retablo de la bella Melisendra, libertada por el intrépido don Gaiferos; y califica de "alegres y regocijadas" sus fábulas y a él mismo de "discreto". Al presuntuoso, falaz y ladrón soldado de la Rosa, caricatura donjuanesca, lo inviste de facultades de músico y poeta, y, casi inverosímilmente, lo

lleva a respetar la virginidad de Leandra. Del jefe de bandidos catalanes Guinart forja un hombre cuyas manos "tienen más de compasivas que de rigurosas". El que a cierta altura creemos ya irredimible es Haldudo, "el rico, el vecino del Quintanar", el cruel y traidor amo del flagelado Andrés. Con todo, he aquí que, de pronto, oímos al mismísimo mozuelo justificar la cólera del maldito labrador, con la deshonra que le ocasionó don Quijote y las "tantas villanías" que le dijo.

El hispanófilo sueco Gustaf Fredén en *Tres ensayos cervantinos* indica cómo don Miguel, al tratar de la justicia con que Felipe II expulsó de España a los moriscos, no deja de ofrecer en la persona de Ricote, el vecino de Sancho Panza, un ejemplo del "amor a la patria, fuente de constante pena y dolor", para ese como para sus hermanos de exilio.

Este afán por colocar una pincelada de alegría en la más honda tristeza, por dar un rayo de dulce luz a la más amarga oscuridad, por hacer encarnar un poquitín de belleza en el más innoble barro, es una de las inabatables y atrayentes características del genio de don Miguel.

No solo lo patentiza en el *Quijote*, que es la materia que ahora nos interesa, sino en toda su obra. Los pícaros y vagabundos de sus entremeses, comedias y novelas, ante todo brillan por la jocundidad del espíritu. Recordemos que, contra la costumbre de castigar severamente a las adúlteras de la literatura, en *El celoso extremeño* el engañado viejo perdona a Leonora y, agonizante, le dobla la dote. En el *Persiles* hay dos grandes cuadros trágicos: el del navío fantasma, de cuyas antenas y jarcias penden más de cuarenta hombres ahorcados; y el de Ruperta, la viuda que, con la calavera y otros recuerdos de su esposo asesinado, recorre el mundo en busca de una ocasión para realizar sus hondos anhelos de venganza. Esos episodios de sangrienta pesadumbre se iluminan con la presencia de "doce hermosísimas mujeres" en el castillo de popa; y con la belleza de Croriano, que transforma el odio en amor. Y así podíamos seguir repasando las variadísimas páginas de Cervantes para comprobar en todas ellas cómo el afecto de verdadero padre lo va haciendo sembrar por doquiera simientes de bondad y abriendo ventanas sobre huertecillos esclarecidos y fragantes.

### — III —

#### LA CLAVE DEL FENOMENO

Hasta aquí hemos pretendido exponer el fenómeno; nos corresponde ahora intentar una explicación.

La dulcedumbre de Cervantes se manifiesta aun en los momentos en que la naturaleza pide aspereza y fuego. Leamos el "Prólogo" a la segunda parte del *Quijote*, cuando —justísimamente ofendido por Alonso Fernández de Avellaneda— replica a las invectivas y demás perjuicios recibidos; veremos que se esfuerza por esfumar la indignación. Lo que allí dice acerca de Lope de Vega, se ha entendido como sátira; pero, bien pensadas las cosas, eso no es más que un trasunto de la limpidez del alma cervantina. Don Miguel tendía a juzgar bueno a todo el mundo; de aquí, en parte,

sus fracasos; el que fuera tan frecuentemente engañado: por el doctor Juan Blanco de Paz, por Freire de Lima, por Luis de Molina, por tanto perillán como abusó de su candidez y magnanimidad.

Ha sido censurada, por no reflexionar sobre este signo de Cervantes, su tolerancia frente a ciertos desbordamientos de sus hermanas y sobrina, y posiblemente de su misma hija. Nada, absolutamente nada, de rufián había en ese espíritu gigantesco, sino inmensa bondad, océano de comprensión, ternura encaminada a enderezar entuertos y compensar agravios, imitación de aquel casi incomprensible y divino amor del pastor y del ama de casa, en busca de la oveja descarriada y de la dracma perdida, según el relato de San Lucas.

Podría pensarse, en un primer momento, en que esta actitud de don Miguel es la que corresponde a un español cristiano. Pero don Francisco de Quevedo Villegas, ¿no fue español y cristiano también? Y, ¿no abundó en reacciones violentas, en humorismo negrísimo, en ímpetus de venganza aniquilante? La suavidad cervantina más se acerca a la de fray Luis de León, de quien dijo su autorizado biógrafo Bell, que "era arrogante por naturaleza, humilde por virtud". Arrogante fue don Miguel, como lo demostró frente al mortífero enemigo en Lepanto o frente a los peligros de Argel; pero fue humilde, hasta el extremo, *por virtud*.

No está demás, para lo que sigue, recordar que Luis de León, a quien Cervantes profesó devoción de discípulo ("a quien yo reverencio, adoro y sigo", afirma de él en el *Canto de Calíope*), antes de llegar a las cumbres del misticismo, anduvo en pependencias y amoríos. Saulo, antes de Damasco, ¿no fue depósito del mal?, ¿de muy carbonientos pecados?

Miguel de Cervantes Saavedra cometió errores de varia índole; nadie va a negarlo. Pero a medida que fue avanzando por la existencia, fue tratando de perfeccionarse. La meta para el cristiano está muy lejos, es inalcanzable pero seductora: "Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mateo, V, 48). Por esa escala tenemos que empeñarnos en subir, hasta donde nuestra insuficiencia, ayudada por la gracia de Jesús, nos lo permita. Lo importante es el esfuerzo. Arriba están la Luz indeficiente y el supremo Medidor con metro más de amor que de justicia. Cervantes realizó esa hazaña: avanzar a la medida de sus flaquezas, mas avanzar cuotidianamente hacia la cima de las beatitudes, que no se conquista sino con la muerte en el Señor.

De aquí es de donde brota su altísima, y muy profunda y muy ancha comprensión; de aquí su ternura, su suavidad, su caridad de zarza de Moisés. No fue el suyo un cristianismo a secas, sino un cristianismo perfeccionista, de sostenido ascenso: no es otra la clave de aquellas relaciones afectivas con las criaturas de su imaginación.

En el "Prólogo" de las *Novelas ejemplares* se contienen conceptos abrumadoramente adocrinantes: "Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras; digo sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan... Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la

lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que escribí que sacarlas en público. Mi edad no está ya para burlas con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano”.

¿Veis su preocupación por aprovechar el paso de los días en mejorar moralmente? “Mi edad ya no está para burlas”. Miguel pugna siempre por ascender; jamás voluntariamente se echa por los atajos del mal.

En el *Quijote* podemos muy bien seguir este proceso.

¿Cuál es el fin supremo del caballero andante? No el de conquistar el amor de Dulcinea, ni el de sacarla de sus brumosos encantamientos. No. Ese fin está en hacer que el universo sea inundado por la paz (I, Cap. XXXVII), “que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoritos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese: Paz sea en esta casa; y otras muchas veces les dijo: Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya —que sin ella, en la tierra ni en el cielo, puede haber bien alguno”.

Y para evitar cualquier objeción, un poco adelante advierte Cervantes que cuando don Alonso habló este lenguaje, obligó a que “ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviese por loco; antes, como todos los más eran caballeros, a quienes son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana...”.

Tenemos, pues, que no propiamente el amor terrenal es el que guía a don Quijote, sino el de las constelaciones. Cuando, “temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua”, respondió el caballero al impertinente capellán de los duques; confirmó así su misión: “Por ventura, ¿es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino las aspezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?”.

He aquí por qué, cuando —yendo hacia los empinados y luminosos alcázares toboseños— Sancho propone a don Alonso imitar a unos “frailecitos descalzos”, recientemente canonizados, en vez de andar tras endriagos e imperios; el adalid responde tajantemente: “Todo eso es así, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria”.

¿Quién pensó en que don Quijote había salido por los terribles caminos de la aventura solo en busca de los embelesos de Dulcinea? No, señores; eso era un fin inmediato y pasajero; el mediato, y totalizador, y eterno, era este otro: el de la santidad. Si así no hubiera sido, ¿cómo explicar estas sentencias de leche y miel, de lumbre y oro, de divinizante superación, emitidas con incendio de convicción por don Alonso, frente a los rústicos rebuznantes?: “...cuanto más que el tomar venganza injusta, que

justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo mentir, siendo legislador nuestro dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible de cumplirla”.

Francamente, en forma tal no puede hablar sino quien ha subido muchos escalones por esa vía que va del gusanillo térreo al bienaventurado oficiante del “templo de claridad y hermosura” entrevistado por fray Luis.

Por boca de Quijano está hablando Cervantes, como se desprende de lo que en capítulo posterior habremos de comentar, y tal se sigue de datos como los que vienen.

Cuando se radica don Miguel definitivamente en Madrid, ingresa —con seguridad continuando un ejercicio anterior— en la Congregación del Santísimo Sacramento; y allí se lo ve asistir a las prácticas religiosas con regularidad ejemplar en el convento de la Trinidad. Unos veinte días antes de morir, “le entregan en su casa la profesión de la venerable Orden terciaria de San Francisco, cuyo hábito había tomado en Alcalá el 2 de julio de 1613”. Hemos visto ya cómo, al dedicar el *Persiles*, cuenta que recibió la extremaunción. Pero todo esto es ritual, es del engañoso exterior. Hay otros pasajes en que comprobamos cuán ceñidos a la realidad de su espíritu estaban todos aquellos parlamentos y demás demostraciones. Cuando, en el “Prólogo” de este mismo libro acabado de citar, nos relata su encuentro con un su devotísimo estudiante, exclama, sintiendo ya la muerte dentro del propio corazón: “Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida”.

¿Quién si no es alguien que está ya llegando a los lindes mismos de la santidad, puede mostrar —tan sencilla, tan apacible, tan arrebatadamente— esta serenidad?

No sabemos si hemos podido ser convincentes frente a los demás; lo que sabemos es que, frente a nuestra conciencia, estamos en lo cierto al sostener que un eco de don Miguel de Cervantes Saavedra es aquella condensativa admonición de la pastora Marcela, en el capítulo XIV de la primera parte del *Quijote*: “Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera”.

Sí; indubitavelmente, Miguel de Cervantes Saavedra, si no llegó al grado heroico de los santos, frisó con él, y muy gloriosamente en verdad.